

## «PETRONIO Á VINICIO

»Recibirás esta carta por medio de un esclavo de confianza; escribo desde Anzio, donde me encuentro, y espero recibir pronto tu contestación por el mismo conducto, aunque tu mano esté más acostumbrada á manejar la espada que á mover la pluma. Te dejé en buen camino y lleno de esperanza, por lo cual deduzco que habrás ya reconquistado á tu Licia, ó que, á mucho tardar, deberás tenerla entre tus brazos antes que el viento frío del Norte, desde las colinas del Sorata, sopla con fuerza sobre la hermosa Campania. ¡Oh, Vinicio, sírvate de guía la aurorinada diosa de Chipre, y procura ser á tu vez el maestro de aquella aurora, Licia, que huye ante el sol del amor! Recuerda que el mármol, por precioso que sea, no tiene en sí valor alguno, mientras la mano del artista no se lo da, creando su obra magistral. Sé tú el artista. No basta amar; hay que saber cómo se ama y saber enseñar el amor. También la plebe y las bestias conocen los placeres del amor; pero el hombre verdadero se distingue de aquéllas elevando la pasión á nobilísimo arte; y admirándolo como tal, reconoce todo su estimable valor, participando de sus divinos goces no sólo la carne, sino también el alma.

»Más de una vez, cuando pienso en los defectos, en la incertidumbre y en el tedio de nuestra vida, me acude insensiblemente la idea de que quizás hayas resuelto, mejor que los que vivimos en torno á Nerón, el problema de la existencia, y acabo por creer que la guerra y el amor son, en verdad, los únicos objetos por los que vale la pena de nacer y de vivir.

»¡Fuiste afortunado en la guerra; ¿por qué no lo has de ser también en el amor? Si te interesa saber lo que ocurre por aquí, te mandaré noticias de cuando en cuando.

»Por ahora estamos en Anzio y nos ocupamos de la *divina voz*. Pensamos invernar en Baia y declamar públicamente en Nápoles. Los napolitanos nos acogerán mejor que aquella gente canallesca que vive en las orillas del Tíber. Acudirán en masa los habitantes de Baia, de Pompeya, de Puzzolo, de Cuma y de Stabia, y no faltarán aplausos y coronas, todo lo cual servirá para animarnos á emprender el proyectado viaje á Grecia.

»¿La pequeña Augusta? Sí, la lloramos aún. Cantamos en su honor himnos compuestos por nosotros, tan admirables y bellos, que las vagas sirenas van á esconder su envidia en las grutas más profundas del Anfitrite. Nuestro luto no ha terminado; lo exponremos al mundo en todas las formas aconsejadas por la plástica, y cuidaremos de que resulte artístico y así lo juzguen todos. ¡Oh amigo mío, moriremos siendo comediantes y bufones!

»Todos los cortesanos, hombres y mujeres, están aquí, además de los diez mil

esclavos y de las quinientas burras en cuya leche se baña Popea. Hasta ahora logramos divertirnos. Calvia Crispinila envejece. Dicese que suplicó á Popea que la dejase meter en su propio baño inmediatamente después de salir de él la divina Augusta. Lucano abofeteó á Nigidia, sospechando que ésta se entendía con un gladiador. Esporo ha perdido á su mujer, jugando á los dados con Seneción. Torcuato Silano me ofreció, á cambio de Eunice, cuatro potros bayos que vencerán en las carreras. No acepté el ofrecimiento, y de nuevo te agradezco que tú no aceptaras el mío. El pobre Torcuato no sospecha que parece una sombra más que un hombre. Su muerte es cosa decidida. ¿Su pecado? Es sobrino segundo de Nerón. ¡No hay salvación para él! ¡Este es nuestro mundo!

»Como sabes, aquí se esperaba á Tiridates. Pero Vologeso, escribió una carta ofensiva. Pretende que se le deje la Armenia por él conquistada y no quiere cederla á ningún precio. Y así se ha entablado la guerra. Corbulón tendrá plenos poderes, como los tuvo Pompeyo en tiempo de la guerra de los piratas. Primeramente Nerón vacilaba, temiendo la gloria de Corbulón en el caso de una victoria. Se pensó en confiar á nuestro Aulo el mando supremo. Pero se opuso á ello Popea, á quien fastidia la virtud de Pomponia.

»Vatinio nos describió una interesante lucha de gladiadores, que se verificó, hace ya tiempo, en Benevento.

»¡Mira cómo puede hoy prosperar un zapatero remendón, á pesar del adagio: *Ne sutor ultra crepidam!* Vitelio es descendiente de remendones y Vatinio es hijo de un zapatero de esos. ¿Quién sabe si también él habrá tirado del bramante alguna vez? El comediante Alituro representó ayer magníficamente el *Edipo*. Como es hebreo, le pregunté si los hebreos y los cristianos eran una misma cosa. Me respondió que la religión hebraica es antiquísima, mientras la cristiana es muy reciente. Parece que en tiempo de Tiberio los hebreos crucificaron á uno de ellos, que cada día va conquistando nuevos secuaces que lo adoran como á un Dios. Los cristianos reniegan, según se dice, de todos los demás dioses, y particularmente de los nuestros. No comprendo qué daño les hayan podido causar.

»Tigelino no disimula su enemistad hacia mí, pero yo no le temo; sólo me fastidia que me supere en el amor á la vida y en la maldad, lo que le aproxima á Nerón. Un día ú otro se entenderán los dos, y entonces habrá llegado mi hora. No sé cuándo sucederá; pero, entretanto, debemos divertirnos. Si no fuese por *Enobarbo*, la vida sería agradabilísima.

»No es justo parangonar la lucha por su favor con una de las habituales contiendas del Circo, donde la victoria lisonjea el amor propio, y, sin embargo, á veces me la explico así, por lo cual no me encuentro en situación mejor que la de Quilón Quilónides. ¡A propósito! Cuando ya no lo necesites, mandámelo aquí. Me divierten sus complicados discursos.

»Saluda á tu divina cristiana, ó mejor, ruégale en mi nombre que no pretenda ser un pez á tu lado. Dame noticias de tu salud y de tu amor; aprende y enseña á amar. *Vale!*»

## «VINICIO Á PETRONIO

»¡Licia no ha sido hallada todavía! Si no tuviese la esperanza de encontrarla, no te contestaría; no tiene deseos de escribir el que tiene el corazón oprimido. Quise persuadirme de que Quilón no me engañaba. Cuando vino á buscar el dinero para Euricio, decidí seguirle, sin que me viese, envuelto en un manto de soldado. Al llegar al lugar él y el esclavo que le acompañaba, me escondí detrás de una colum-



na del pórtico y pude convencerme de que Euricio no era un ser imaginario. Unos diez operarios estaban ocupados en descargar piedras de una espaciosa barca y conducirlas á la ribera. Vi que Quilón se acercaba á ellos y empezaba á conversar con un anciano, que, á los pocos momentos, cayó á sus pies. Todos los demás aclamaron á Quilón, que entregó una bolsa á Euricio. Éste la cogió y se puso á orar con los brazos en alto, mientras otro, indudablemente su hijo, se arrodilló á su lado.

»Quilón pronunció algunas frases que no pude oír y bendijo á los dos arrodillados, lo mismo que á los demás operarios, trazando en el aire el signo de la cruz, que todos aquellos acataban, porque todos oraron de rodillas ante aquel signo. Hice esfuerzos por contenerme, pues sentía vivos deseos de acercarme á ellos y ofrecer tres bolsas iguales al que hubiese sabido encontrar á mi Licia; pero temiendo echar á perder los trabajos de Quilón, me alejé en seguida.

»Esto ocurrió diez días después de tu salida de Roma. Luego he recibido frecuentes visitas de Quilón. Asegura haberse conquistado la estima de los cristianos, y si hasta ahora no ha descubierto el paradero de Licia, hay que tener en cuenta que existe en Roma un número infinito de secuaces de esa fe y no pueden conocerse todos y saber lo que ocurre en las diversas reuniones. Son además muy prudentes y taciturnos. Él espera descubrir todos sus secretos, apenas conozca á los ancianos, llamados presbíteros. Conoce ya á algunos y los ha interrogado, pero discretamente para no infundir sospechas que dificultarían su misión. Aunque me sea muy duro esperar, aunque arda de impaciencia, comprendo que tiene razón, y espero.

»Ha averiguado que tienen sitios de reunión para sus rogativas, generalmente fuera de la ciudad, en casas vacías y en arenales. Allí adoran á Cristo y cantan himnos. Quilón supone que Licia visita únicamente los sitios donde tiene la seguridad de no encontrar á Pomponia, para que ésta pueda jurar, en caso de una pesquisa judicial, que no conoce su escondrijo. Los mismos presbíteros pueden haberle sugerido estas precauciones. Si Quilón puede conocer el lugar, no dejaré de acompañarle, y si los dioses me permiten ver á Licia, juro que esta vez no se me escapará.

»Quilón no aprueba que yo le acompañe, porque teme que le comprometa. ¿Pero cómo podré contenerme? Yo la reconoceré en seguida, bajo cualquier disfraz ú oculta bajo tupido velo. Suelen reunirse por la noche; pero, aun en las tinieblas, la adivinaré, ya sea por la voz, ya por los movimientos. Iré allí disfrazado y no dejaré de examinar atentamente á toda persona que entre ó salga. Así como ahora no sale de mi pensamiento, no escapará de mis brazos cuando la encuentre.

»Si Quilón viene mañana, iremos juntos: lo he decidido. Llevaré armas. Volvieron algunos de los esclavos que mandé á las provincias, pero regresaron con las manos vacías. Tengo, pues, casi la certeza de que no ha salido de Roma y de que no está lejos de mí. Donde está ahora, vive entre legiones de miserables. Conmigo estará mucho mejor; nada me parecerá bastante hermoso para ella. Escribe que he escogido bien. Y sin embargo, no he tenido más que ansias y sufrimientos. Ante todo, visitaremos las casas de la ciudad y después saldremos á las afueras. Cada mañana renuevo las esperanzas; de lo contrario la vida sería insostenible. Me dices que es preciso comprender el amor. Sé perfectamente qué lenguaje he de emplear con Licia. ¡Por ahora no sé hacer otra cosa más que consumirme! Espero á Quilón. La vida se me hace muy pesada. *Vale!*»

## XVI

Quilón no se dejó ver en muchos días, y Vinicio no sabía explicarse la tardanza y el silencio del filósofo. En vano procuraba convencerse á sí mismo de que una minuciosa y completa pesquisa exigía algún tiempo. Su naturaleza impetuosa, su sangre ardiente, se rebelaban contra la voz de la razón. No podía permanecer inactivo, y aun á riesgo de su dignidad, transitaba por las calles de Roma, vestido como un esclavo. Si bien sus libertos eran personas de experiencia y buena voluntad, no contaban con los medios de Quilón para lograr sus intentos. Parecía que sobre el amor á Licia se destaca en el alma de Vinicio un nuevo sentimiento, parecido á la obstinación del jugador interesado. Desde sus primeros años se había acostumbrado á alcanzar todo aquello que, con una constancia sin límites y sin obstáculos, le fué dado desear.

La disciplina militar había conseguido domar su orgullo durante algún tiempo, pero simultáneamente vió á los subalternos acatar sus órdenes sin réplica. Su estancia en Oriente, entre un pueblo habituado á la más servil y humillante obediencia, le había acabado de convencer de que para su voluntad no existían límites.

La resistencia de Licia, su fuga, eran para él cosas incomprensibles y misteriosas. Acté no podía mentir; Licia le amaba. Pero entonces, ¿por qué prefería una existencia nómada y miserable á su amor, á su ternura, á la cómoda y espléndida vida que le ofrecía en su palacio?

Después de muchas reflexiones, acababa siempre por deducir que entre las ideas y el mundo de él y de Petronio y las ideas y el mundo de Pomponia y de Licia debía existir una diferencia profunda como un abismo. Le parecía que Licia estaba irremisiblemente perdida para él, y este pensamiento bastaba para dar al traste con aquella calma y paciencia que Petronio le había recomendado que no perdiese.

Había momentos en que no sabía si lo que sentía por Licia era amor ú odio; preponderaba en su ánimo la necesidad de encontrarla.

A los ojos de su fantasía se presentaba con claridad aquella esbelta figura, hasta el extremo de creer que la tenía delante de sí. Recordaba todas las palabras que había oído de sus labios, la sentía cerca de sí, sobre su pecho, entre sus brazos, y aquellas imágenes excitaban su pasión, avivando la llama. Pero en todos sus pensamientos y afectos había contradicciones y cambios bruscos: días en que se imaginaba, con pérfida alegría, ver las huellas que los azotes dejaran sobre la carne de Licia; pero, al mismo tiempo, sentía deseos de besar aquellas huellas y aquella carne. A veces se complacía imaginándose que la mataba.

Con todas estas penas, estos tormentos y esta incertidumbre, iba perdiendo belleza y vigor. Tornábase más irascible y cruel. Sus esclavos se acercaban á él temblando, y viéndose tratados injustamente, castigados sin razón, dieron en odiarle.



Él entonces, sintiendo ese odio y sufriendo el más triste aislamiento, se vengaba torturándose. Con Quilón procuraba refrenar la cólera, temiendo que el filósofo abandonase la pista que iba siguiendo, circunstancia que no pasó inadvertida para el griego, el cual la aprovechó para aumentar su influencia y sacar á Vinicio mayor cantidad de dinero.

Al principio, en cada visita que hacía á Vinicio, aseguraba que su obra avanzaba, aproximándose al fin; poco después comenzó á descubrir escollos y dificultades y á indicar que faltaba aún mucho que hacer, si bien podía garantizarse el buen resultado de todas las indagaciones. Por fin, después de muchos días de no comparecer, se presentó en casa de Vinicio, á quien trató de impresionar, fingiendo hondas preocupaciones y poniendo un semblante tan afligido, que el joven tribuno apenas se vió con fuerzas para preguntarle:

— ¿No está entre los cristianos?

— Sí, noble señor, respondió Quilón; pero entre ellos encontré á Glauco.

— ¿Qué dices, y quién es Glauco?

— ¿Le has olvidado, señor? Glauco es aquel viejo con quien hice el viaje de Nápoles á Roma, y por cuya defensa perdí estos dos dedos, pérdida que me impide escribir. Lo dejé agonizante en una hostería cerca de Minturno, y durante largo tiempo lo lloré, creyéndolo muerto. Ahora acabo de saber que vive y que pertenece á la comunidad cristiana.

Vinicio, sin comprender el significado de todo el discurso, presintió que el tal Glauco debía ser un obstáculo para la busca de Licia; pero dominando la ira, dijo á Quilón:

— Si le defendiste, debe estarte agradecido y dispuesto á ayudarte.

— ¡Ah, noble tribuno! Ni siquiera los dioses son siempre agradecidos. ¿Cómo pueden serlo los hombres?.. Debería... ¡es verdad! Pero es un viejo, de espíritu débil, á quien la edad y los desengaños han trastornado el juicio. No sólo no me agradece el haberle defendido, sino que me acusa, según dicen sus correligionarios, de haber estado de acuerdo con los bandidos que le hirieron, y me señala como el culpable de sus desventuras. ¡He aquí la recompensa por los dos dedos perdidos!

— ¡Canalla! ¡Estoy seguro de que aquel viejo dice la verdad!

— En tal caso, señor, sabes más que él mismo, porque él no hace más que suponerlo. Esto, sin embargo, no le impedirá excitar á los cristianos á vengarle cruelmente. A serle posible, lo hubiera hecho ya, y no le hubiera faltado apoyo; por fortuna, ignora mi nombre, y no advirtió mi presencia en la casa de oración. Yo, en cambio, le reconocí en seguida, y por mi gusto le hubiera abrazado. Pero la prudencia y la costumbre de medir todos mis pasos me contuvieron. Así que abandonamos la casa de oración, procuré enterarme de cuanto se refería á la llegada de aquel hombre y de su presencia en aquel sitio, y sus conocidos me dijeron que en el viaje de Nápoles á Roma había sido engañado por sus compañeros. Si no lo hubiese oído, ni siquiera conocería esa fábula inventada por Glauco.

— ¿Y qué me importa? ¡Dime lo que viste en la casa de oración!

— A ti no te importa, señor; pero á mí sí. Deseando que mi ciencia me sobreviva, te aseguro que sabría renunciar á tu recompensa antes que exponer mi vida por un lucro vano; sin esto puedo vivir como verdadero filósofo y tratar de adquirir un grado máximo de sabiduría.

Vinicio se le acercó con una expresión y una actitud que nada bueno prometían, y con voz dura exclamó:

— ¿Quién te dice á ti que la muerte no podría llegarte por mi mano antes que

por la de Glauco? ¿Quién te dice, perro, que yo no quiera sepultarte en mi jardín? Quilón, verdadero cobarde, miró á Vinicio, y pronto comprendió que una sola sílaba podía perderle irremisiblemente.

— ¡La buscaré y la encontraré!, dijo.

Siguió á estas palabras un profundo silencio, interrumpido sólo por la respiración afanosa de Vinicio y el canto lejano de los esclavos que trabajaban en el jardín.

Después de algunos instantes, cuando calculó que el joven patricio había tenido tiempo de calmarse, continuó el griego:

— La muerte pasó junto á mí y la miré con la indiferencia de un Sócrates. No, señor, yo no hablé de suspender las pesquisas iniciadas; quise únicamente demostrar que ahora están llenas de peligros para mí. Una vez dudaste de que existiera un tal Euricio, y aunque te convenciste de que yo decía la verdad, ahora abrigas sospechas sobre ese Glauco. ¡Ojalá hiciesen los dioses que Glauco no fuese más que una creación de mi fantasía! Podría acercarme á los cristianos tranquilamente como lo he hecho hasta ahora; de buen grado renunciaría á aquella pobre y vieja esclava que me compré hace tres días para tener quien me cuide en mi vejez y en mis enfermedades. Pero Glauco vive, señor, y si me hubiese visto, no estaría yo delante de ti en estos momentos. ¿Y quién encontraría á la joven?

Calló y se enjugó las lágrimas que le corrían por las mejillas.

— ¿Cómo puedo buscar á Licia, viviendo Glauco?, continuó. A cada paso corro peligro de encontrarle.

— Pero ¿qué quieres? ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer?, preguntó Vinicio.

— Aristóteles nos enseña que, para alcanzar un objeto grande, es preciso sacrificar los más pequeños, y el rey Príamo repetía frecuentemente que la vejez era una carga muy pesada. La desgracia y la vejez oprimen á Glauco; de modo que para él la muerte sería un beneficio. Según Séneca, ¿qué es la muerte sino una liberación?

— ¡Haz el bufón con Petronio, pero no conmigo! Dime pronto, ¿qué quieres?

— Si el virtuoso está considerado como bufón, concédame los dioses la dicha de ser bufón toda la vida. Deseo, señor, que se quite de en medio á ese Glauco, porque mientras viva, veo en peligro mi vida y mis indagaciones.

— Búscate hombres que lo maten á palos. ¡Yo pagaré!

— Te explotarán, señor. Hay en Roma tantos asesinos como granos de arena en el Circo; pero no puedes imaginarte los recursos y dilaciones que emplean para sacar cuanto pueden si un personaje ilustre necesita servirse de su perversidad. ¡No puedes saberlo, noble tribuno! ¿Y si la guardia les sorprende en flagrante delito? Dan en seguida el nombre del que les paga la acción. ¡Ya ves las consecuencias que esto podría acarrearle! A mí nada podría sucederme, porque no daría mi nombre. Haces mal en no fiarte de mí, porque, además de mi perspicacia, hay dos cosas importantes: mi vida y la prometida recompensa.

— ¿Cuánto necesitas?

— Mil sextercios, para buscar detenidamente los asesinos, á fin de que no cojan el dinero y luego desaparezcan. Un buen trabajo debe pagarse bien. Algo he de ganar yo también, para enjugarme las lágrimas que derramaré por Glauco. Los dioses son testigos de lo que amo á ese hombre. Si hoy tengo mil sextercios, dentro de dos días su alma estará en el averno, donde podrá recordar mi cariño, si no pierde allí su memoria. Además tengo una idea, que me parece infalible.

Vinicio le prometió la suma pedida, prohibiéndole pronunciar el nombre de



Glauco en su presencia. Después le preguntó qué otras noticias tenía, qué había hecho, sin comparecer, en tantos días y si había descubierto algo más. Pero Quilón no tenía mucho que contar. Había estado en otras dos casas de oración, había observado atentamente á todas las personas, especialmente á las mujeres, sin ver á ninguna que se pareciese á Licia. Los cristianos le consideraban como un secuaz de su secta, y desde la liberación del hijo de Euricio le apreciaban como un verdadero devoto de Cristo. De ellos aprendió que uno de sus principales legisladores, llamado Pablo de Tarso, á causa de una acusación formulada contra él por los hebreos, se hallaba prisionero en Roma, y Quilón decidió trabar con él conocimiento.

Por otra parte, le animaba en gran manera la noticia de que el sacerdote supremo de la secta, un discípulo de Cristo á quien el mismo Cristo había confiado el imperio de toda la cristiandad, había de llegar á Roma cuanto antes. Todos los cristianos deseaban verle y oír sus doctrinas. Debían celebrarse reuniones importantes, á las cuales asistiría el apóstol, y como en aquella ocasión sería fácil confundirse entre la muchedumbre, propuso á Vinicio que le acompañase. Entonces sería hallada seguramente. Y una vez desaparecido Glauco, la empresa no presentaría graves peligros. Los cristianos podrían vengarse; pero, en el fondo, eran todos personas pacíficas y tranquilas.

Después Quilón refirió, con cierta admiración, que él nunca había visto á los cristianos entregarse á la orgía, ni envenenar fuentes, ni sabía que fuesen enemigos del género humano, que adorasen un asno y que comiesen carne de niño. ¡Nada de eso!

No desesperaba de encontrar entre ellos un individuo que por dinero aceptase la misión de librarle de Glauco; pero le constaba que su religión no les excitaba á cometer delitos, antes bien les invitaba á perdonar las ofensas.

Vinicio recordó las palabras que le dijo Pomponia en el palacio de César y escuchó atentamente las declaraciones de Quilón. Aunque el sentimiento que le inspiraba Licia parecía, en ocasiones, dominado por el odio, le agradaba oír que su religión y la de Pomponia no tenía en sí nada de repugnante. Al mismo tiempo despertó en su alma la sospecha de que la adoración por Cristo, por aquel Ser desconocido y misterioso, podía ser la causa del abismo que le separaba de Licia, y esta sospecha le impulsó á temer y odiar aquella religión.

## XVII

Glauco, aunque envejecido, era un hombre todavía robusto, y se comprendía que á Quilón le conviniese quitárselo de en medio.

El griego había conocido en otro tiempo á Glauco y le había hecho traición, arruinándole y entregándole á los ladrones y asesinos. Pero tales recuerdos le producían pocos remordimientos, habiéndole dejado agonizante, no en una hostería, como dijo, sino en medio de un campo, cerca de Minturno. No había previsto, sin embargo, que Glauco pudiese sanar y volver á Roma. Cuando advirtió su presencia en la casa de oración, quedó tan aterrizado, que su primer pensamiento fué abandonar los trabajos comenzados para buscar á Licia. Por otra parte, el miedo que le infundía Vinicio era más fuerte que aquel terror. Las circunstancias le habían colocado en la disyuntiva de evitar la venganza de Glauco ó la de Vinicio; á éste se uniría un auxiliar muy poderoso, Petronio.

Esto le decidió. Juzgó preferible tener enemigos pequeños á tenerlos grandes, y aunque su naturaleza bellaca se asustara del derramamiento de sangre, comprendió que era indispensable matar á Glauco por mano ajena.

Ahora se trataba de escoger con acierto al homicida. Sus nocturnas excursiones por las hosterías le ofrecieron más de una ocasión para conocer muchos seres vagabundos, que, teniendo algo que ganar, estarían dispuestos á todo, pero que, después de recibido un anticipo, reclamarían, con la amenaza de denunciarle á la autoridad, el resto de la suma. Le repugnaban, hacía ya tiempo, aquellas figuras sucias y contrahechas que vagaban ante las sospechosas moradas de la Suburra y en el Trastevere. Juzgando por él, y sin pleno conocimiento de los cristianos y de su doctrina, creía encontrar en medio de ellos dóciles instrumentos de su voluntad. Decidió dirigirse á algunos y exponerles su propósito de manera que se vieran obligados á condescender, no tanto por interés como por amor á la religión.

Así, pues, al anochecer, fué á encontrar á Euricio, de cuya gratitud estaba seguro. Quilón, prudente como era, se guardó de manifestar sus verdaderas intenciones, que no se compadecían con la fe piadosa y severa del viejo. En todo caso, quería dar con personas á quienes poder explicar el asunto en forma que les moviera á callarlo todo por propia conveniencia.

Euricio, después de rescatar á su hijo, había adquirido una de aquellas tiendas, tan numerosas en los alrededores del Circo Máximo, donde vendía á buen precio aceitunas, habas, agua enmelada á los concurrentes al Circo. Quilón le encontró mientras estaba cerrando el negocio; le saludó en el nombre de Cristo, y á vuelta de mil reflexiones y rodeos, le expuso vagamente el objeto de su visita. Recordando el favor que le había prestado, contaba con su agradecimiento. Necesitaba dos ó tres hombres robustos para conjurar un peligro que amenazaba, no sólo á su persona, sino á todos los cristianos. Verdad que él era pobre desde que le había regalado